

Fig. 73. — Grupo de mastabas. (Perrot y Chipiez)

trucción importante, con una regularidad y una complejidad de servicios superior á las tumbas de ladrillo por cremación, como la de Menes en Negadah. La mastaba continúa siendo una sepultura del tipo de cámara, pero además de esta primera cámara, accesible por una puerta única y donde se suponía que tenía que habitar el *doble* ó espectro, reproducido en la pared en pinturas ó en esculturas en relieve, la mastaba tiene una segunda cámara subterránea, de acceso disimulado en las paredes y á la que se desciende por un pozo, en el que se ha depositado la momia. A veces se entraba, en esta cámara inferior del sarcófago, por un pozo que tenía una abertura en lo alto de la azotea, estaba por lo regular excavada en la roca y había que descender, por consiguiente, hasta el fondo por un conducto estrecho, lleno de obstáculos. (Lám. III.)

Así se procuraba impedir la violación del cadáver, aunque una primera inmortalidad se conseguía ya con el sinnúmero de estatuas y figuras que perpetuaban la imagen del *doble*. Ellas procuran hoy, en las salas del Museo del Cairo, con nuevo sentido, la inmortalidad artística á los personajes á quienes hubieron de asegurar su segunda existencia una vez difuntos; por ellas viven todavía, en cierto modo, los altos funcionarios, sacerdotes y generales contemporáneos de los faraones que construyeron las pirámides. Todo el pueblo de la capital dormía en la necrópolis de Menfis: la gente pobre enterrada en las arenas, con sus momias superpuestas á millares, los grandes ciudadanos en las mastabas y los faraones en sus tumbas colosales de las pirámides.

Las pirámides son, pues, las tumbas reales, y también han sido despojadas del cadáver que contenían. En la necrópolis de Menfis hay varias de estas sepulturas, pero sólo tres de ellas son famosas: las de los faraones, que los griegos llamaron con sus nombres helenizados: Cheops, Chefrén y Micerino. Las dos mayores fueron ya violadas en la antigüedad y más tarde abiertas de nuevo por los árabes; en la de Micerino, que estaba intacta, se encontró el sarcófago real de pórfito conteniendo la momia dentro de otra caja de madera. Nadie duda, pues, ya, sobre el carácter funerario de estos monumentos, ni nadie pierde el tiempo en discutir si eran observatorios astronómicos ó servían para contener el desbordamiento del Nilo.

Las pirámides se encuentran sólo en el área geográfica del Bajo Egipto, en los alrededores de la antigua capital; cuando la corte se trasladó á Tebas se construyeron aún algunas pirámides, pero pronto se adoptó el sistema de excavar las sepulturas en la roca. Las pirámides son, pues, sólo la tumba real típica del antiguo imperio y no siempre tienen la forma simple, popularizada por las tres grandes pirámides de la necrópolis de Menfis: hay pirámides escalonadas, en línea truncada, á doble pendiente (fig. 74), pirámides de ladrillo, de piedra, etc. Herodoto dice haber visto pirámides rematadas con la estatua sentada del faraón, y así

supone que terminaría primeramente la pirámide de Cheops, que ya había sido devastada cuando él visitó el Egipto. Pero es de creer que Herodoto confundiera estas ideas; las pirámides no tienen señales de haber sostenido figuras de ninguna especie y serían poco adecuadas sus formas para ello. Algunas, como la de Micerino, presentan todavía un hermoso revestimiento

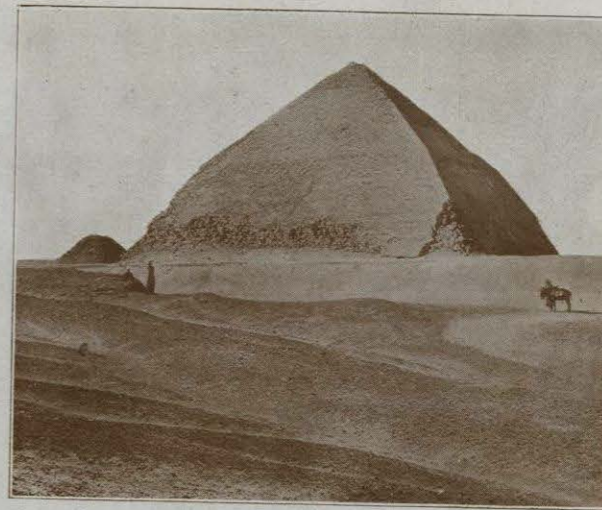


Fig. 74. — Pirámide de doble pendiente.

de grandes bloques de piedra dura (fig. 75). Más probable es que las hiladas de este revestimiento formaran fajas de distintos colores, como lo era el piramidón, que remata los obeliscos en los monumentos de posteriores épocas. Los corredores que conducen á la cámara sepulcral son, en las pirámides, de una acabada perfección y á veces en forma de bóveda. Para descargar el techo del enorme peso que gravita encima, se han superpuesto varias piedras horizontales, dispuestas hábilmente. Estos primeros edificios nacionales del Egipto, por sus formas gigantescas y sus detalles constructivos sorprenden á los hombres más acostumbrados á las maravillas modernas. En los umbrales de la historia vemos á los egipcios luchando gloriosamente para conseguir la inmortalidad de sus monarcas, entre los dos desiertos que limitan el valle del Nilo.

Como se ve ya en un principio, las mastabas y las pirámides

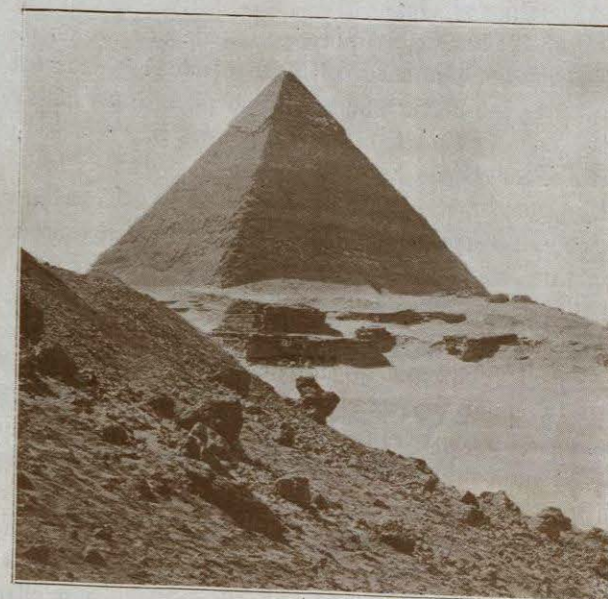


Fig. 75. — Pirámide del faraón Menkeres ó Micerino, con restos de su revestimiento.

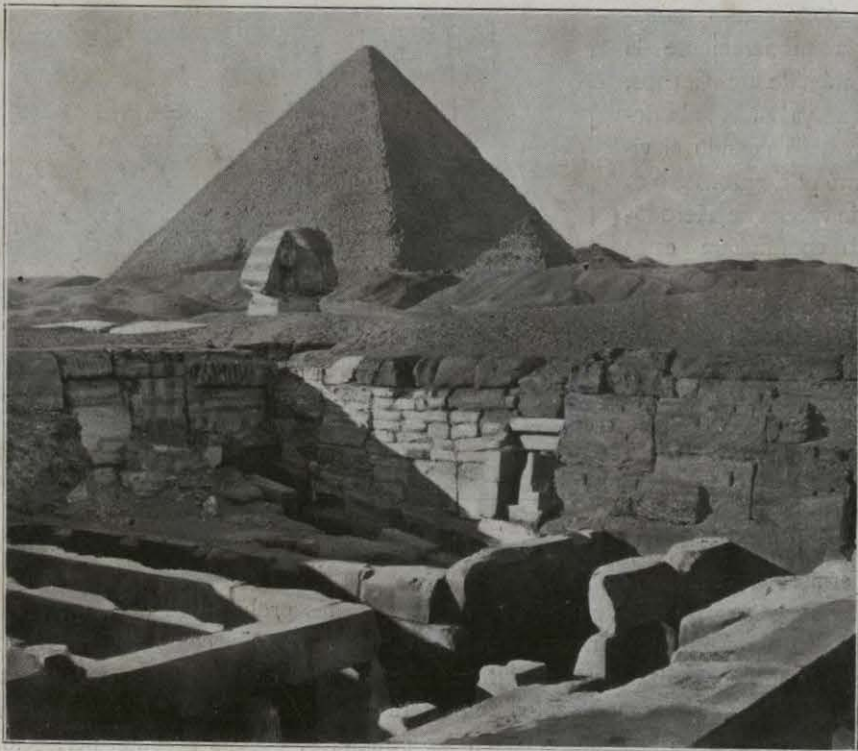


Fig. 76.— Restos del llamado templo de la Esfinge, en la necrópolis de Menfis.

son dos tipos del sepulcro de las primeras dinastías y tienen ambos monumentos la misma cámara subterránea, escondida al extremo de corredores disimulados en el interior del macizo. Hoy se tiende á derivar los dos tipos de tumba, la mastaba y la pirámide, de un mismo plan de distribución de servicios. La pirámide sería una mastaba colosal, con las paredes más inclinadas y acabando en vértice. La cámara funeraria está también en las pirámides enclavada en la roca viva, debajo del monumento, y su acceso se halla tan disimulado como ha sido posible. Lo que parecía constituir una diferencia esencial, era que la mastaba tenía una habitación superior, la morada del *double*, el alma donde vivía y donde el difunto estaba pintado y reproducido en escultura. El desarrollo de esta misma idea se ha encontrado también en las pirámides.

Ya Mariette exploró un edificio arcaico de la necrópolis de Menfis, al que dió el nombre que lleva todavía hoy de *templo de la Esfinge*, que fué en seguida considerado como un templo de la época de las pirámides y, por consiguiente, de las primeras dinastías, pero independiente de los sepulcros faraónicos (figura 76). Se encuentra emplazado á un lado de la gran esfinge, de la que tomó el nombre, y construido con grandes losas de granito labradas regularmente, pero sin ninguna moldura ni decoración, presentando lisas las superficies de sus enormes monolitos. El techo estaba sostenido por pilares, que dividen su planta en varias naves; en un extremo, en el fondo de un pozo, Mariette encontró varias estatuas mutiladas del constructor de la gran pirámide, el famoso Cheops,



Puerta de una mastaba. (Museo Británico)



Fig. 77.— Templo real de una de las pirámides de Abusir. (Restauración por Borchardt)

cuya memoria execraban los egipcios del tiempo de Herodoto. Mariette no advirtió que aquel templo estaba relacionado con la pirámide de Cheops y que sus estatuas destruidas daban cierta verosimilitud á la leyenda que atribuía la construcción de la gran pirámide á un período de opresión y tiranía, acabado entre graves revueltas populares. Hoy, para los egiptólogos, el llamado *templo de la Esfinge* no es más que una dependencia del sepulcro del faraón entrado en la gran pirámide, es la morada exterior accesible, á semejanza de la cámara superior de las mastabas. Todas las pirámides tienen este segundo elemento esencial del edificio: además del *túmulus* con su cripta, que es la pirámide, hay un segundo sepulcro, habitación del *dooble*, que se encuentra al pie

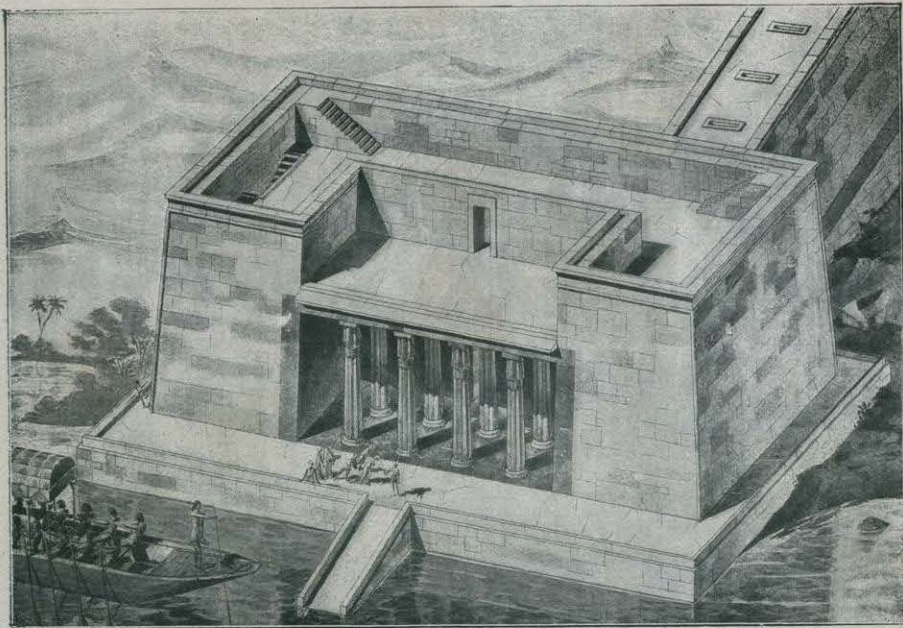


Fig. 78.— Templo para el culto público, de un faraón de las pirámides de Abusir.
(Restauración por Borchardt)

mismo de todas ellas y donde están sus estatuas. Un tercer elemento ha sido reconocido en el conjunto monumental de las pirámides, como ya era de esperar dado el carácter religioso de los faraones, y éste es el templo para el culto popular del soberano, divinizado después de su muerte.

La teoría de las pirámides propone hoy para el sistema monumental del sepulcro de un faraón de las primeras dinastías, estos tres edificios indispensables: 1.º, el túmulo para el sarcófago, ó pirámide propiamente dicha, con su cámara funeraria, recuerdo de los dólmenes prehistóricos; 2.º, el sepulcro exterior, habitación para el *doble*, donde se le encuentra reproducido en escultura, como sucedía también en las mastabas; y 3.º, templo para el culto del monarca divinizado, que acostumbra á estar un poco más lejos y unido á la pirámide por una avenida monumental, lo que los griegos llamaban *dromos*. Un conjunto completo de estas sepulturas reales, con los tres elementos, han explorado recientemente los arqueólogos alemanes cerca de Abusir. La fig. 62 da el aspecto general que debían presentar los edificios reunidos; se ven las pirámides con sus templos al pie, para el *doble*, y su segundo templo ya cerca del río, para el culto público (figs. 77 y 78).

En cuanto á los monumentos religiosos del antiguo pueblo egipcio, hasta hace poco sólo conocíamos la colosal figura de la esfinge, de cabeza humana y cuerpo de león, próxima á las pirámides de Menfis (fig. 79). Para labrarla aprovecharon un montículo del calcáreo de la llanura, que se completó con grandes bloques, pero las arenas del desierto la cubren en su mayor parte, escondiendo un santuario que en la época romana se improvisó en el seno del monstruo. Una estela encontrada cerca de las pirámides nos dice que Cheops, el monarca de la

mayor de las tres, hubo de restaurar ya la esfinge, por la que demuestra una gran veneración. La verdadera significación de esta figura todavía es un enigma. En un principio se creyó que estaría dedicada á Hamarchis ó el Sol levante, porque la cabeza mira hacia Oriente; hoy se cree que representa más fácilmente un rey divinizado del primer Egipto, acaso aquel Rey-León que encontramos en los relieves de las pizarras. El manto que lleva en la cabeza la esfinge, es el mismo que ostentan siempre las estatuas reales de los primeros faraones (fig. 80).

Hoy, más bien que la esfinge, podemos considerar como monumentos religiosos los templos adyacentes á las pirámides, que son en cierto modo los antecesores de los grandes templos tebanos de las sucesivas dinastías. El Egipto primitivo practica la religión de los manes ó difuntos; su culto y sus templos son principalmente para sus grandes muertos, los faraones. Los templos al pie de las pirámides, constan de un patio anterior, una sala para el culto privado de los sacerdotes que cuidan del edificio funerario, y una sala reservada para el dios, donde no entran más que los directos sucesores del monarca. Los templos para el culto popular, ya algo más lejos del túmulo en el valle, tienen también una sala sostenida por columnas.

Todos los elementos característicos del templo egipcio que veremos después en los grandes templos tebanos, se encuentran ya en estos santuarios del primer imperio. En los templos de las pirámides de Abusir, las columnas están formadas por tallos de lotos, con el capitel constituido por una flor cerrada. Otros recuerdan tallos reunidos de papirus y palmas, las basas de las columnas son siempre pequeñas.

Por lo que toca á la arquitectura civil, las escenas pintadas y relieves que

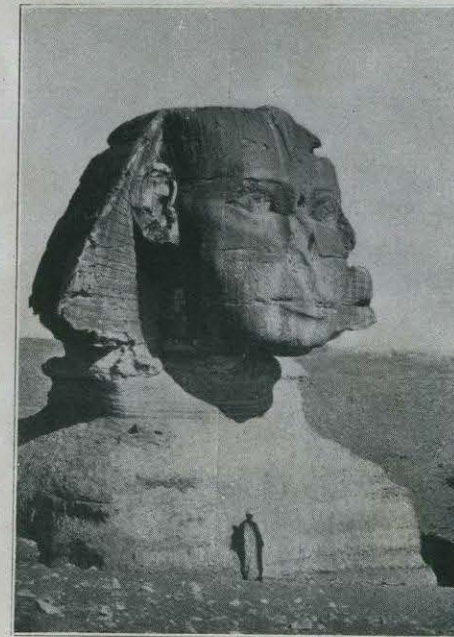


Fig. 79.— Esfinge de Menfis.



Fig. 80.— Estatua de Chefrén.



Fig. 81.—Sacerdote de Menfis.



Figs. 82 y 83.—El Cheik-el-Beled. (Museo del Cairo)

cubren las paredes de las mastabas nos enseñan que las casas particulares estaban hechas con maderas y cañas, y esteras de colores. A menudo los relieves en piedra reproducen las formas de estas construcciones ligeras, que debían cubrir el suelo del Egipto; los pies derechos ensamblan con las piezas horizontales y las pinturas acaban de completar el realismo con los tonos vivos y calientes con que se figuran pintadas las esteras.

Ya hemos dicho que el rito mortuorio que exigía conservar las esculturas de los difuntos, abundantes en grado sumo, nos ha permitido conocer las efigies de los grandes faraones constructores de las pirámides y la sociedad que ellos organizaron. Son hombres musculosos, tranquilos, cuya inmovilidad suprema da idea de la divina jerarquía de que se sentían investidos (fig. 80). Es sorprendente ver cómo la escultura llega en estas primeras dinastías á tan alta perfección; hay ciertas figuras que en seguida se reconoce son retratos de sorprendente parecido, bellamente expresivos, hasta á veces con extremada especificación de la personalidad (fig. 81). Para dar idea del naturalismo de estas estatuas, reproduciremos una famosa, tallada en madera, que se encuentra en el Museo del Cairo, llamada del *Cheik-el-Beled*, porque los obreros árabes que la encontraron en las excavaciones, la juzgaron muy parecida á su propio *Cheik-el-Beled*, ó sea al que era entonces alcalde de su pueblo. Y, no obstante, la tal figura es la de un egipcio de cinco mil años atrás, la efigie de uno de los capataces ó directores de las brigadas de esclavos que construían las pirámides (figs. 82 y 83). Parece también que en el Egipto de las primeras dinastías hubo dos escuelas contemporáneas de escultura: una de arte popular, que ejecuta estos retratos en

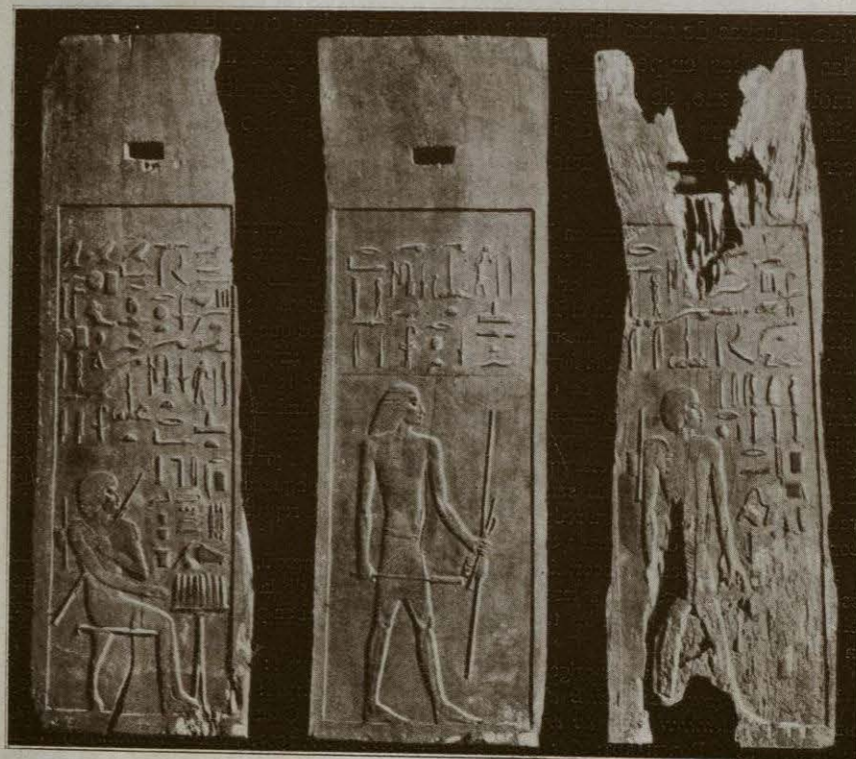


Fig. 84.—Relieves de madera encontrados en una mastaba. MENFIS.

madera ó en piedra muy blanda, y que se distingue por su naturalismo, y otra áulica ó cortesana, productora de los retratos de los faraones, que se caracteriza por una gran inmovilidad y es la que en definitiva acaba por triunfar sobre la escuela popular, más expresiva.

La mayoría de las estatuas del Egipto primitivo son de materiales menos duros que los que se usaron más tarde, de madera ó piedra caliza, y están pintadas ó policromadas. Asimismo aparecen pintados los relieves del interior de las mastabas, donde todas las actividades humanas procuraban reproducirse para que, en pintura, pudiera el difunto seguir participando de la vida. Le vemos juntar sus rebaños en el campo, vigilar á los siervos, cazar las reses silvestres en el bosque ó pescar entre los juncos, que cubren los bordes pantanosos del gran río. Conocemos perfectamente por estos relieves funerarios el tipo y las costumbres de los primitivos egipcios contemporáneos de las grandes pirámides de Menfis, y aunque en todas las cosas se manifiesta la barbarie de un pueblo primitivo, no aparecen aquellos grandes excesos de crueldad que son característicos de las naciones del Oriente (fig. 84).

La raza de los antiguos egipcios era más fuerte y robusta que la de los imperios tebanos. Estaba formada por hombres fornidos, inteligentes, de ideas simples, profesadas sin zozobra ni vacilación (fig. 85). Su tocado era generalmente una peluca teñida de azul y un delantal que llegaba hasta las rodillas. Las mujeres llevan la túnica pegada al cuerpo y comparten con el marido las penalidades de

la vida. Muchas de estas laboriosas compañeras se han encontrado reproducidas en las mastabas, en pequeñas figurillas de madera, representándolas en el acto de moler el grano, de amasar el pan ó lavar la ropa, permitiéndonos apreciar la participación que tuvieron en la vida doméstica del pueblo faraónico durante el tercer milenario antes de Jesucristo.

RESUMEN.— El arte empieza en Egipto mucho antes de la instauración dinástica de los faraones en la vieja capital, que es Menfis, en el Delta del Nilo. El arte prefaaráónico tiene muchos puntos de contacto con el del imperio caldeo primitivo. Hacia el año 4000 antes de Jesucristo, las primeras dinastías construyen en el Delta los sepulcros gigantescos de los faraones, de que son un elemento las pirámides. No tenemos restos de otros templos que los emplazados al pie de las pirámides, destinados al culto del faraón divinizado. No existen tampoco, de este antiguo Egipto de las primeras dinastías, restos de edificios civiles, ni el palacio real, ni la casa, que tenemos que restaurar idealmente por las representaciones en relieve de las tumbas. El sepulcro es el edificio más importante, la única obra monumental. Los faraones están enterrados en el seno de la pirámide, escondida la momia al extremo de largos corredores. Los grandes personajes y príncipes tienen un tipo de sepultura más sencillo, que es la *mastaba*, pequeña construcción baja con las paredes inclinadas y una cámara reducida, donde el difunto está representado. La momia se halla escondida en un pozo cuya entrada también se ha disimulado.

La pintura sirve para la decoración de estos relieves y cámaras funerarias. En escultura podemos admirar, como obra de gigantescas dimensiones, la esfinge de la llanura de Menfis. Innumerables estatuas encontradas en las tumbas, son retratos que deben perpetuar la figura del difunto con una inmortalidad material.

BIBLIOGRAFÍA.— Sobre los orígenes del arte en Egipto. CAPART: *Les debuts de l'art en Egypte*. AMELINEAU: *Les nouvelles fouilles d'Abydos*, 1897. FLINDERS PETRIE: *Memphis Abydos*, 1902-1903. J. DE MORGAN: *Recherches sur les origines de l'Egypte*, 1896.— GARSTANG: *The burial customs of ancient Egypte*.— BORCHARDT: *Das Pyramidenfeld von Abusir*, 1907, y *Die Pyramiden*, 1911. Un buen manual es el de MASPERO: *L'archéologie égyptienne*, última edición de 1907, y su *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, 1899.



Fig. 85.— Cabeza de un sacerdote de las primeras dinastías.
(*Egypt Exploration Fund*)



Fig. 86.— Colosos de Amenofis II, llamados de Memnón. TEBAS.

CAPÍTULO IV

EL ARTE DE LAS DINASTÍAS TEBANAS.— LOS SANTUARIOS DE LA CAPITAL.
LA ESCULTURA Y LA PINTURA.

El Egipto fué, de todos los grandes imperios de la antigüedad, el primero que llegó á la madurez. El imperio caldeo, que históricamente le precede, no salió del radio de acción de la Baja Mesopotamia hasta más tarde.

Si en las esculturas y monumentos de las primeras dinastías, hemos visto al Egipto esforzarse para constituir la sorprendente civilización contemporánea de las pirámides, habremos de verle ahora en la apoteosis de un imperio agresivo, con sus magníficos templos, su nuevo culto y sus elementos civiles y religiosos, organizados con plena conciencia de su grandeza nacional.

Las pirámides de las necrópolis de las primeras dinastías y sus templos adyacentes de los faraones divinizados, eran manifestaciones del culto personal del soberano, pero no verdaderos santuarios nacionales consagrados á una divinidad superior.

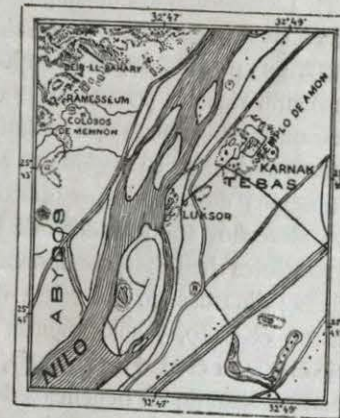


Fig. 87.— Emplazamiento de los templos y la necrópolis de Tebas.